

22 - IX - 88

Gobernar Para la Sobrevivencia Política

Treinta, los Nuevos Agiotistas

- ★ Empieza una Etapa de Pérdida de Capacidad Estatal
- ★ Los Zopilotes Revolotean Ante un Gobierno Debilitado
- ★ Preocupa a los Intereses de EU el Futuro de México

LORENZO MEYER

A veces es enorme la tentación de ver la historia como los antiguos: una repetición interminable de ciclos, donde al apogeo le sigue la decadencia y luego vuelta a empezar. Ahora que se inicia una etapa de pérdida de capacidad —¿decadencia?— del Estado mexicano, la situación se antoja similar a otras ya vividas en el pasado.

Inmediatamente después de lograda la independencia a principios del siglo XIX, la debilidad fiscal del recién formado Estado mexicano, lo llevó a depender más y más del capital externo y de los préstamos de un pequeño grupo de poderosos individuos privados que le facilitaban parte de los recursos mínimos que necesitaba para sobrevivir. A cambio de tales préstamos, esos personajes cobraban un enorme interés y se quedaban con la administración y ganancias de actividades que, en principio, eran de la exclusiva competencia del Estado, como las aduanas y ciertos

Treinta, los Nuevos Agiotistas

Sigue de la primera plana

monopolios estatales. Estos individuos fueron conocidos como los agiotistas, algunos eran mexicanos y otros extranjeros, y su papel en nuestra historia tiene más manchas que puntos brillantes.

Hoy, según se informa en cierta prensa, han vuelto los agiotistas que, como zopilotes, revolotean en torno de un gobierno muy debilitado en su estructura fiscal y se alimentan ya —y muy bien— de sus partes muertas. En efecto, de ser cierta la información, resulta que 60% de la enorme, casi increíble, deuda interna del gobierno mexicano —los famosos CETES, que en el primer trimestre del año recibieron un pago por intereses de nueve billones de pesos— se encuentran en manos de un grupo formado por apenas treinta individuos, que también controlan buena parte de las acciones de las empresas "triple A", las 25 casas de bolsa y actividades afines, como aseguradoras y afianzadoras (Unomásuno, 5 de septiembre). Así pues, estos treinta son los nuevos agiotistas, los que prosperan en medio de la mala fortuna del conjunto de la sociedad y del gobierno mexicanos.

★

Es verdad que los agiotistas del siglo pasado acumularon grandes fortunas en medio de la decadencia general. Sin embargo, otros capitalistas, los que eran básicamente productores y no especuladores, sufrieron pérdidas tremendas provocadas en parte por las condiciones que beneficiaban a los especuladores: un Estado y un gobierno débiles. Fue esta una de las tantas contradicciones del gran capital. Un ejemplo claro de lo anterior fue el caso de los británicos; mientras los agiotistas ingleses prosperaron (ahí está el caso de Barrón y McKintosh), las empresas mineras creadas por inversionistas de esa misma nacionalidad en el tercer decenio del siglo pasado, fracasaron en su gran mayoría.

Uno puede tener pocas simpatías por el capital en general, pero ello no impide reconocer que es mejor tener un capital dedicado a la producción que a la especulación. No sé exactamente qué es lo que hoy pasa por la mente de los inversionistas mexicanos, pero he tenido oportunidad de intercambiar algunas ideas con personas que aquí, en Nueva York, están

encargadas de velar por el bienestar de los intereses de empresas productoras norteamericanas establecidas en México, y no hay duda que se encuentran muy preocupadas por el futuro. Para ellos, a los efectos económicos y sociales negativos de las deudas internas y externas; mexicana, ahora se acaba de añadir una más: la incertidumbre sobre las políticas del futuro, producto de la debilidad del gobierno entrante.

Sus temores parten de esta base. El cambio económico que inició el gobierno de Miguel de la Madrid y que ellos consideran muy positivo —disminución del papel económico del Estado, debilitamiento de las barreras proteccionistas, aliento a la exportación de bienes no petroleros, disminución de los obstáculos a la expansión de la inversión extranjera directa, control de los salarios para mantenerlos por debajo del índice inflacionario, el Pacto de Solidaridad como instrumento antiinflacionario, etcétera— aún está lejos de haberse consolidado. La economía mexicana todavía no es realmente exportadora, como la de Taiwán o Corea. Por tanto, si el nuevo gobierno no sigue estrictamente el libreto usado por De la Madrid, todo lo ganado se puede venir abajo.

★

Para los analistas de las grandes empresas norteamericanas con inversiones productivas en México, la liberalización de la economía al sur de la frontera es un proceso largo al que le falta aún mucho camino por andar antes de que realmente pueda dar frutos. Según ellos, el nuevo modelo económico de México está a la mitad del río y si detiene su marcha no sólo no podrá quedarse donde está o regresar al punto de partida, sino que será arrastrado a su completa destrucción. Desde esta perspectiva no hay más alternativa que seguir adelante y llevar la lógica del nuevo modelo exportador hasta sus últimas consecuencias.

Sin embargo, quienes desde Estados Unidos sostienen este punto de vista, están conscientes de que las presiones desatadas por el alto costo social que ha requerido y seguirá requiriendo el cambio en la naturaleza de la economía mexicana, son cada vez mayores. También saben que el dique autoritario que en el pasado reciente contuvo estas presiones, producto de la disminución del salario real y de

la pérdida de la capacidad de la economía para generar empleos, ha sido dañado muy seriamente, quizá al punto de no tener reparación. La fuerza que lo resquebrajó desde sus cimientos fue, básicamente, el cardenismo; una fuerza de centro izquierda que no estaba presente cuando De la Madrid se propuso reconvertir a la economía mexicana, pero que ahora llegó para quedarse y oponerse al cambio tal y como éste se ha dado hasta el día de hoy: con el sacrificio unilateral de los asalariados.

Todo lo anterior ha llevado a los analistas de algunas de las grandes empresas norteamericanas con inversiones en México, a sospechar que el próximo Jefe del Poder Ejecutivo mexicano —uno de los arquitectos del nuevo modelo económico puesto en marcha al sur de la frontera— se va a ver tentado a gobernar en función de la necesidad de asegurar su supervivencia política inmediata, lo que le exigirá tomar algunas de las banderas ahora enarboladas por la oposición, lo que resulta incompatible parcial o totalmente con la lógica del modelo económico cuya construcción está en proceso.

El temor se centra en medidas tales como una renuencia a seguir pagando la deuda externa en caso de que los bancos internacionales no acepten modificar los términos tan duros en que ha tenido que hacerse hasta ahora el pago. A estas empresas no les preocupa tanto la suerte de los bancos, como el clima de tensión e inseguridad que la moratoria les causaría. Temen también que se dé un aumento sustantivo en los salarios, pues ello pondría a los productos mexicanos en desventaja con los de aquellos países que son los competidores naturales de México: Brasil, Taiwán, Corea, Singapur, etcétera, y entonces se volvería a presentar el problema de balanza de pagos y que fue lo que originó la gran crisis de la economía mexicana. Temen que se vuelva a subsidiar el consumo, con lo cual el gasto del sector público aumentará, aumentará también el déficit y, por tanto, la presión inflacionaria aumentará y lo ganado en estos últimos meses a la inflación se perderá. No tiene caso seguir con la lista de temores, a estas alturas el lector la puede completar.

Para estos inversionistas, la mejor opción política es, sin lugar a dudas, mantener al PRI en el poder, pero al PRI antiguo, al que era capaz de controlar las presio-

nes en su entorno. Un PRI que ya no tenga la capacidad de imponer las decisiones presidenciales a todos los actores importantes para lograr lo que se llama la modernización económica en los términos enunciados, ya no es un verdadero PRI. En estas condiciones, el viejo partido del Estado y la presidencia de la que es instrumento fundamental, debía de ser un elemento de la solución a los problemas para convertirse en parte central del problema.

¿Qué hacer en estas circunstancias? No es mucho lo que en lo individual pueden hacer estas empresas para lograr que México vuelva a ser un campo seguro de inversión. Sin embargo, están dispuestas a ceder en algo a cambio de que la transformación de la economía siga adelante. Están dispuestas a que los costos de la transformación de la economía siga adelante. Están dispuestas a que los costos de la transformación, hasta ahora pagados casi exclusivamente por los sectores populares y medios de la sociedad mexicana, también sean compartidos por el gran capital. Pero aquí entra la contradicción a la que hacía referencia al inicio del artículo: este gran capital productivo tiene un horizonte temporal relativamente amplio que le permite aceptar menores ganancias e incluso pérdidas en el corto plazo a cambio de ganar el largo plazo. Sin embargo, creo que ese no es el caso del capital especulativo —el de los bancos internacionales y el de los nuevos agiotistas nacionales—, pues este capital se mueve en función de las ganancias del corto plazo. Por tanto, me temo que banqueros y agiotistas se pueden oponer a los intentos del gobierno entrante por hacer menos inequitativa la carga del costo social que requiere la modernización de nuestra economía. Y quizá la oposición mayor no venga del gran capital financiero internacional, pues éste ya tiene algunas posibilidades de hacer frente a una mala racha en México, sino del famoso grupo de los treinta mexicanos, de los agiotistas. Sin embargo, me parece que el intento se tiene que hacer, pues de lo contrario el nuevo presidente no va a tener ninguna posibilidad —si es que aún existe tal posibilidad— de recuperar algo de la legitimidad perdida por la sospecha, muy difundida, de haber llegado al poder por la vía del fraude electoral.